

Segunda Parte

Las tomas

“Las tensiones políticas y sociales acumuladas durante largos años en que no encontraban cauces legales y eficaces para su expresión, han dado lugar en estos días a una verdadera explosión popular que eligió como vehículo fundamental la «ocupación». La permanente falta de fondos que amenaza a establecimientos asistenciales o educativos, los problemas de organización y funcionamiento que entorpecen las actividades de empresas e instituciones, las injusticias o arbitrariedades que pudieron cometer los fugaces funcionarios de las inestables administraciones de estos años son algunas de las causas con que se da justificación al estallido.

Se trata de una rebelión pacífica y respetuosa de las nuevas autoridades constitucionales, pero con la que se expresa la impaciencia, los deseos de colaborar o la respuesta al «vacío de poder» creado en numerosos entes donde se retiraron sus antiguas autoridades y no se han hecho cargo todavía sus sucesores.

Hay ocupaciones «preventivas» para evitar que otros grupos se adelanten a copar el lugar adonde existe alguna de esas situaciones, y las hay también «conservadoras», para ratificar la confianza en quienes rigen la institución del caso y señalar que allí no es necesario ocupar para exigir algo, lo que se aproxima bastante a un contrasentido.

Hay ocupaciones bulliciosas y publicitadas, con carteles en las calles, concentraciones y comunicados, y las hay silenciosas, casi tímidas, que sólo se manifiestan por discretos mensajes a las autoridades pertinentes. Toda la gama de posibilidades que permite la práctica de la «ocupación» se están ensayando en esa ola que invadió al país.

La fiebre «ocupacionista» abarca radioemisoras, establecimiento de enseñanzas, hospitales, casas de comercio, plantas industriales, reparticiones públicas y nacionales, olvidadas oficinas, pensiones, hoteles... la lista es interminable y también ofrece casos que para el desprevenido pueden parecer pintorescos o inexplicables, pero que al ahondar en sus motivos descubren penosas o justificables razones.”

CLARÍN, 12-VI-73

He aquí un panorama de lo que fue la “ola de ocupaciones” ocurrida durante la primera parte del gobierno de Héctor José Cámpora, descrito por un anónimo cronista, que retrata tanto el fenómeno como la impresión de los coetáneos sobre el mismo. Señala con agudeza las aparentes paradojas, las contradicciones, y, aunque no omite indicar las tensiones políticas, permanece en la superficie de las mismas, concluyendo con una justificación moral de los hechos. Presentado de esta manera, el fenómeno resulta racionalmente incomprensible. Así fue para la mayoría de los contemporáneos, y ese legado se extiende hasta nuestros días, prolongado por la ausencia de análisis del mismo.

LAS TOMAS

La ola de tomas u ocupaciones abarcó a todo el país, sin dejar rincón del mismo exento de sus efectos, ni sector social ajeno a las mismas. El carácter social, la significación política y las implicancias más profundas de esas ocupaciones es lo que analizaremos en el trabajo que presentamos.

I

Introducción

El alto grado de movilización social y de masas alcanzado durante el año 1973 en la Argentina tuvo su punto más alto durante el breve lapso del gobierno del doctor Héctor José Cámpora, de apenas cuarenta y nueve días de duración.¹ Este período estuvo precedido de

¹ Hay investigadores que sostienen que 1973 marcó el apogeo del ascenso de masas iniciado en 1969 (Cf., entre otros, Marín, J. C.; *Los hechos armados*, PICASO/La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1996; Izaguirre, Inés; *Los desaparecidos. Recuperación de una identidad expropiada*, Instituto “Gino Germani”, Buenos Aires, 1992). Esta posición no es compartida por el conjunto de los autores que han abordado este período, sobre todo desde la perspectiva del movimiento obrero. Hay quienes sostienen que el punto máximo sería el marcado por las luchas de junio–julio de 1975 (Jelin, Elizabeth; “Conflictos laborales en la Argentina, 1973–1976”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2, Año 40, México D.F., abril–junio, 1978). Otros, incluso, sostienen que la inflexión ocurre en marzo de 1976 (Hernández, Mario; “24 de marzo de 1976: ¿por qué el golpe?”, en *Herramienta* N° 5, Buenos Aires, 1997/98). La consideración de uno u otro momento como el de mayor desarrollo del movimiento de masas depende, en gran medida, de la valoración que se otorgue a determinados indicadores. Si se consideran el número de huelgas y huelguistas como tópico central de dicho movimiento, indudablemente las “jornadas de junio y julio” (1975) aparecen como el punto más destacado del período. Si en cambio, se toma la variación en la situación institucional, marzo de 1976 indica claramente la inflexión y, por tanto, el punto más desarrollado antes de la declinación. Sin embargo, con los primeros resultados que arroja una larga y minuciosa investigación sobre los conflictos obreros en Argentina entre 1973 y 1976 dirigida por Inés Izaguirre, se destraba este problema pues demuestra palmariamente (sobre una muestra representativa del 25 % de la totalidad de conflictos del período) que las “jornadas de junio–julio” de 1975 fueron las de mayor conflictividad, con un promedio de 13 conflictos diarios, en tanto que el período del gobierno de Cámpora “es el de mayor protagonismo de los asalariados sin otras mediaciones (casi el 40 %)”, lo que equivale a afirmar que es el más alto punto del ascenso obrero, índice del avance de masas. Cf. Izaguirre, Inés y Aristizábal, Zulema; “Alineamientos de la clase obrera durante el gobierno peronista del 73–76. Nuevas consideraciones teórico–metodológicas para el estudio de los conflictos obreros”, ponencia presentada a las III^{as} Jornadas de Sociología de la UBA (Buenos Aires, 11 al 13 de noviembre de 1998). Más allá de esta demostración reciente, ninguno deja de afirmar que 1973 fue un año particularmente álgido. Y que el período de la presidencia de Cámpora fue el punto de mayor intensidad de las luchas sociales y políticas de ese año.

una importante lucha contra la dictadura instaurada en junio de 1966, jalonada por importantes hitos como los levantamientos de las poblaciones de Córdoba en 1969 y 1971, de Rosario, Tucumán, Río Gallegos, Mendoza, etc., en lo que desde entonces se conoce genéricamente como “azos”, declinación que indica el carácter de estos hechos.² La intensidad que tomó la lucha a partir de entonces, y particularmente desde la aparición de distintas organizaciones insurreccionales que practicaban la lucha armada, desgastó progresivamente los gobiernos de Onganía, Levingston y Lanusse, sucesivamente.³ La asunción de este último, inmediatamente después de producido el “viborazo” y a consecuencia de éste⁴ significó el inicio de una nueva etapa, de repliegue, que se plasmó en el Gran Acuerdo Nacional, que marcó el comienzo de una política tendiente a la institucionalización del conflicto,⁵ cuyo eje vertebrador era la convocatoria a elecciones relativamente libres.⁶ Al escepticismo inicial generalizado, y del que participaban también los sectores radicalizados del peronismo

² El concepto teórico del significado social del “azo”, y su distinción de la pueblada puede verse en el prólogo de Beba Balvé al libro de Lidia Aufgang; *Las puebladas: dos casos de protesta social. Cipolletti y Casilda*, C.E.A.L., Buenos Aires, 1989. Sobre cada uno de los hechos mencionados existe bibliografía particular (excepto para el caso de Río Gallegos, aún no estudiado), la más abundante de la cual se refiere al primer “cordobazo”. Cf., sobre el “cordobazo”, Brennan, James P.; *El cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955–1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996; Delich, Francisco; *Crisis y protesta social. Córdoba, 1969–1973*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974; sobre el “viborazo”, Balvé, B.; Murmis, M.; Marín, J. C. et al.; *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis (Córdoba 1971–1969)*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1973; sobre los “rosariazos”; Balvé, Beba y Balvé, Beatriz; *El ‘69. Huelga política de masas*, Contrapunto, Buenos Aires, 1989; sobre el “tucumanazo”; Crenzel, Emilio; *El tucumanazo (1969–1974)*, 2 tomos, C.E.A.L., Buenos Aires, 1991; sobre el “mendozazo”, véase POLÍTICA OBRERA N° 149, pág. 10.

³ Si bien existieron experiencias guerrilleras desde fines de la década del ‘50 (con la mítica experiencia encabezada por Jorge Masetti, el efímero Ejército Guerrillero Popular) las principales organizaciones que operaron en el país se formaron *a posteriori* del “cordobazo” (y, en gran medida, bajo su influencia).

⁴ Cf. Bonavena, P., Nievas, F. et al., “El ‘viborazo’, ¿aislamiento proletario?”, en Antognazi, Irma y Ferrer, Rosa (comp.); *Del Rosariazo a la democracia del ‘83*, Rosario, 1995.

⁵ Toda institucionalización de conflictos sociales supone la merma de radicalidad de los mismos, comparados con su desarrollo fuera del marco institucional. Esto es así puesto que toda institución (sea cual fuere) supone acuerdos normativos y marcos de acción y negociación que tornan previsibles los actos (lo que permite anticipar y atemperar cualquier agudización impidiendo su radicalización), tienden a mantenerlos dentro de un nivel aceptable para el sistema, y, finalmente, tienen poder sancionatorio. Cf. March, James y Olsen, Johan; *Rediscovering institutions. The organizational bases of politics*, New York, The Free Press, 1989, págs. 21 ss.

⁶ No fueron elecciones libres pues hubo proscripciones. Además de la cláusula de residencia que impidió ser candidato a Perón en persona debe sumársele la del Partido Comunista, ilegalizado por el decreto-ley

que canalizaban buena parte de la movilización de entonces, le siguió —por parte de éstos— una febril y breve campaña electoral que culminó con una imponente victoria de Héctor José Cámpora en los comicios realizados el 11 de marzo de 1973. Electo por casi seis millones de ciudadanos —el 49,59 % del padrón electoral— Cámpora asumió su cargo el día 25 de mayo de ese año, tras algunos cabildeos que parecieron hacer fracasar el paso de mando.⁷

El nuevo período institucional se inauguró, es apropiado decirlo, de manera poco institucional; con una compacta concentración en Plaza de Mayo (que resultó una verdadera demostración de fuerzas por parte de los sectores juveniles organizados de la izquierda peronista).⁸ La movilización que había llevado a la institucionalización se hacía otra vez presente. En la Plaza de Mayo y sus alrededores, primero, y varias cárceles, pero especialmente la de Villa Devoto, horas después, marcaron lo que podía ser la emergencia de un nuevo país. Más de un millón de personas ubicadas entre las plazas de Mayo y de los Dos Congresos, a lo largo de la tradicional avenida de Mayo, saludaron al nuevo gobierno y vitupearon al saliente, en un mismo acto. Desde la noche del 24 grandes contingentes de la Juventud Peronista y otras organizaciones afines comenzaron la vigilia en la histórica plaza. A la mañana siguiente había ya poco espacio para las relativamente ralas columnas de adherentes sindicales, que se ubicaron sobre la calle Hipólito Yrigoyen. La mayoría de los manifestantes exteriorizaron lo que, al menos desde el golpe de Onganía —y con mayor evidencia

17.401/67 y rehabilitado recién con la asunción de Cámpora a la presidencia.

⁷ El riesgo de que fracasara la transición fue tan alto que Lanusse se vio obligado a afirmar, pocos días antes del paso de mando, que iba a entregar el poder aunque fuera necesario apoyarse en las armas para ello.

⁸ Una descripción de lo sucedido puede verse en *El Descamisado* N° 2 (29 de mayo de 1973), págs. 6/11; Gillespie, Richard; *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, Buenos Aires, 1987, págs. 157 ss. y Nievas, Flabián; “Cámpora: primavera–otoño. Las tomas”, en Pucciarelli, Alfredo (comp); *Memorias del G.A.N. La supremacía de la política*, en prensa.

desde el “cordobazo”— había comenzado a gestarse: un marcado sentimiento antiimperialista y difusamente pro-socialista. La presencia de los presidentes de Cuba y Chile (el comunista Dorticós y el socialista Allende) en la ceremonia de jura de Cámpora estaban en sintonía con ese sentimiento. El uruguayo Bordaberry pretextó una indisposición para evitar ser abucheado y Williams Rogers, secretario de Estado estadounidense evaluó que era beneficioso para su salud refugiarse en la embajada de su país cuando los manifestantes le cerraron el paso, camino a la ceremonia de asunción. La dictadura se retiraba humillada en todos sus símbolos: la Guardia de Infantería, que formaba prolijos cordones en avenida de Mayo para el paso de la comitiva presidencial desde el Congreso hasta la Casa Rosada, soportó abucheos y empujones hasta que tuvo que intervenir la Policía y, por último, miembros de seguridad de la J.P. para proteger su retirada. Los miembros de la Junta Militar, impedidos de salir por la puerta lateral de la casa de Gobierno, tuvieron que abandonarla en helicóptero. Vehículos del ejército que fueron virtualmente asaltados por la muchedumbre, aparecieron con las siglas “F.A.R.”, “F.A.P.”, y “Montoneros” pintadas en aerosol.⁹ Los militares que se encargaban de la custodia de la Casa Rosada fueron echados, haciéndose cargo del control de la misma la Juventud Peronista. En ese clima se cancelaron los desfiles militares programados, y la banda de música de la E.S.M.A. recibió escupitajos durante su retirada. Por la noche, unas 25 a 30.000 personas rodearon la cárcel de Villa Devoto, exigiendo la libertad inmediata e irrestricta de los presos políticos.¹⁰ Dada la demora en efectivizarse la liberación de la totalidad de ellos, en un momento un camión intentó derribar la puerta de la cárcel, produciéndose tiroteos (con un saldo de dos adolescentes

⁹ LA OPINIÓN, 26/6/73.

¹⁰ Una gran cantidad se dirigió caminando desde la Plaza de Mayo a la cárcel de V. Devoto, donde había pequeños destacamentos (en su mayoría de partidos de izquierda: P.C.R., P.R.T., P.C., etc.) apostados desde la noche anterior.

muertos). Finalmente salieron todos los combatientes, tras firmarse un acta sin ningún valor legal entre algunos diputados y el director del penal.¹¹ Algunos de los recientemente liberados asistieron, incluso, a la maratónica primera sesión de diputados y senadores en que se votó la ley de amnistía para con ellos.¹² De inmediato la Tendencia¹³ levantó la consigna “*primera ley vigente, libertad a los combatientes*”. Debe considerarse el hecho de que los mismos eran reivindicados, por el común de la gente, por haber luchado, armas en la mano, contra la dictadura saliente. No se trataba de “presos de conciencia”, sino de combatientes por la liberación, hasta pocas horas antes “terroristas subversivos”.

Este clima de radical optimismo general y urgencia revolucionaria de los grupos más radicalizados imprimió un carácter indeleble a la corta gestión del Dr. Cámpora. La conjunción de tres factores confluyeron para darle este carácter: un programa electoral que, aunque moderado en lo económico, contenía algunas medidas políticas muy sentidas por la mayor parte de la población; una sociedad movilizada para la obtención de prontas transformaciones, y la presencia de algunos miembros en el gabinete que instrumentaron rápi-

¹¹ Una síntesis del mismo puede verse en Martínez, C., Nievas, F. *et. al.* “De Trelew al Devotazo: la recuperación de prisioneros en la construcción del poder popular”, en Antognazi, Irma y Ferrer, Rosa (comp.); *Argentina: Las raíces históricas del presente*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 1997.

¹² La liberación se produjo a la medianoche y la sesión terminó a la madrugada. Al día siguiente la ley fue promulgada por el P.E.N. Para más detalles, véase Martínez, *et. al.*; “De Trelew al Devotazo: la recuperación de prisioneros en la construcción del poder popular”.

¹³ La “Tendencia revolucionaria” estaba compuesta por la Juventud Peronista (Regionales) (JP [R]), la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), el Movimiento Villero Peronista (MVP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP), el Frente de Lisiados Peronistas (FLP) y la Agrupación Evita (AE) de la Rama Femenina del Partido Justicialista. Esta última, generalmente soslayada en los análisis, llegó a tener tanta importancia que, en 1974, en plena reestructuración político-institucional del PJ, orientada a recortar los espacios de la JP (R), se prohibieron expresamente las Unidades Básicas femeninas. (Cf. Bonavena, Pablo; *Juan Domingo Perón y el contracordobazo*, Cuaderno de Trabajo N° 3, Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján/Red de Editoriales de la Universidad Nacional, 1997, pág. 45). Sobre el casi desconocido FLP, cf. Caparrós, Martín; “Memorias de la luz y de la sombra”, en revista *Viva* N° 1137, del 15 de febrero de 1998, págs. 50/59.

damente dichas medidas, más efectistas que efectivas, pero no por ello menos eficaces desde el punto de vista político.¹⁴

Entre los primeros actos de gobierno estuvieron la derogación de algunas de las “llamadas leyes” (así se denominaba oficialmente a los decreto-ley sancionados por la dictadura), y la quema pública de sus ejemplares en Plaza San Martín.¹⁵ El nuevo ministro del Interior, Esteban Righi (un abogado que entonces contaba con 34 años), no escatimó entusiasmo: conminó a los cuadros de la Policía Federal a terminar con la tortura y les advirtió que cualquier exceso sería severamente castigado, pues comenzaba una nueva etapa en la que el pueblo debía ser protegido y no reprimido. El nuevo papel policial sería el de ser custodios del orden, pero de un orden nuevo.¹⁶ Incluso se tolerarían algunos excesos en las manifestaciones populares, pues, tras tantos años de opresión, era comprensible que, al igual que al “descorchar una botella de champagne”, ocurriera algún desborde. Esta era la política del gobierno. Huelga comentar el profundo desagrado que esto causó en la Policía.

El nuevo gobierno tuvo actitudes —expresadas en sus medidas— democráticas radicales, que no pocos entendieron como permisivas y que hoy, un cuarto de siglo después, podrían considerarse extrañas, pero que en absoluto lo eran entonces, como legalizar la circulación de los medios de prensa de organizaciones insurgentes, tales como EL COMBATIENTE del —a partir de ese entonces y por poco tiempo— legal P.R.T. y ESTRELLA ROJA, del E.R.P.¹⁷ Pero sería impropio afirmar que estas medidas fueron producto de la sola vo-

¹⁴ Cf. Conclusiones, nota 26, pág. 246.

¹⁵ Del acto participó, entre otros, el historiador José María Rosa.

¹⁶ “Es habitual llamar a los policías guardianes del orden. Así seguirá siendo. Pero lo que ha cambiado, profundamente, es el orden que guardan. Y, en consecuencia, la forma de hacerlo.” (Discurso de E. Righi a la Policía Federal, el 4/6/73).

¹⁷ Las organizaciones insurgentes quedaron en una suerte de semilegalidad. Montoneros, que públicamente suspendió sus acciones armadas —aunque hay elementos para sostener que en realidad siguió operando mili-

luntad gubernamental. Resulta más adecuado ponerlas en términos de cierta adecuación con la realidad social y política de entonces, cuyos parámetros hoy sorprenden. Aludimos ya al contexto de movilización. Es, empero, insuficiente para describir adecuadamente la situación. La misma se asentaba en cierta urgencia de cambio social. La febril actividad de los sectores militantes, la pasión, energía y tiempo que se volcaba en la discusión y en la acción política eran la emergencia de cambios que, más profundamente, ya estaban operándose desde tiempo atrás y que, de muy diferentes maneras, era visto por los grupos más politizados de entonces. Basta recordar que Lanusse describía la situación que se suscitó desde 1969 como “anticapitalista”.¹⁸ La acción colectiva, organizada y altamente democrática en algunos ámbitos era bastante usual. Las asambleas en los lugares de trabajo así como en los establecimientos educativos (tanto universitarios como secundarios) eran tan cotidianas como masivas. Lo colectivo influía decisivamente sobre lo individual, y esto cobraba significado en aquello.

En ese contexto, el mal llamado “devotazo” (que tuvo alcance nacional y supracarcelario)¹⁹ no fue un episodio aislado, sino expresión de una situación de movilización política y exaltación que alcanzaba a buena parte de la gente: percibían que la historia estaba en sus manos, y que debían modelarla. La actitud favorable de gran parte de la población a las organizaciones revolucionarias armadas o a sus organizaciones periféricas puede observar-

tarmente— formaba parte del oficialismo. Las F.A.R. y F.A.P. estaban en una situación similar. El Ejército Revolucionario del Pueblo, por su parte, aunque no legalizado él mismo, sí lo estaba su órgano de prensa. Esta ambigüedad llevó al diario oficialista MAYORÍA a preguntar cuál era el estatus legal de esta organización y sus integrantes, dado que dos canales de televisión fueron sancionados con multas por difundir una conferencia de prensa de Mario Roberto Santucho, líder del P.R.T.–E.R.P., siendo que éste había sido indultado y amnistiado pocos días antes y, por lo tanto no estaba prófugo ni su organización era totalmente ilegal.

¹⁸ Cf. Lanusse, Alejandro Agustín; *Mi testimonio*, Lasserre, Buenos Aires, 1977, pág. 18.

¹⁹ Una interpretación posible de este hecho es que se trató de una crisis momentánea pero generalizada de los encierros. Cf. Dorrego, A.; Martínez, A.; Nievas, F.; *et. al.*; “Hacia una lectura del «Devotazo»”.

se en otros hechos, como el velatorio de un guerrillero en la facultad donde estudiaba,²⁰ de poca trascendencia entonces,²¹ o en la visita de Dorticós a Córdoba para el aniversario del cordobazo, donde fue recibido por más de 30.000 personas casi como un héroe, no por él mismo, sino por lo que representaba Cuba y el socialismo en ese momento para buena parte de la gente.

En general, todo lo que tuviese algún tinte de progresismo (entendiendo por esto el amplio espectro que cubre desde lo reformista hasta lo revolucionario) era bien recibido y acompañado en diversas medidas y de distintos modos por la amplia mayoría de la población. Tanto es así que pocos se animaban a excluir de su retórica el socialismo, la revolución, la voluntad popular y alocuciones afines, so riesgo de quedar en la marginalidad política. Muchos estaban convencidos y luchaban —armas en la mano o por otras vías— para alcanzar esas metas. Otros lo hacían por evidente oportunismo o por debilidad política.²² El problema fue que tanto unos como otros, convencidos y oportunistas, confundidos y débiles, entendieron y asumieron de sus muy distintas maneras esas ideas y, en consecuencia, emprendieron políticas igualmente heterogéneas para concretarlas. Dicho en otros términos: tras una aparente homogeneidad ideológico–discursiva (que podría llevar a pensar que era

²⁰ El 7 de junio fueron velados en la Facultad de Arquitectura de la UBA los restos de José Luis Castrogiovanni, combatiente del ERP y estudiante de arquitectura, muerto el 20 de mayo, a los 27 años, en un intento de toma de una comisaría de Merlo, en un enfrentamiento en el que también murió un cabo de la policía. Al velatorio convocaron la JUP (que finalmente no ingresó y permaneció en la puerta) y el PRT y fue avalado por el decano de la casa. El ataúd fue envuelto con una bandera de la organización a la que pertenecía. Pero no es el único hecho por el que se puede dimensionar el estado de ánimo de la población. El 22 de agosto, ya caído Cámpora —es decir, con un panorama político donde la ultraderecha empezaba a emerger con cierta fuerza—, hubo dos actos en conmemoración de la masacre de Trelew; uno de Montoneros, en el estadio de Atlanta, al que asistieron unas 45.000 personas, y otro del P.R.T., en la Plaza del Congreso, que tuvo una concurrencia de más de 10.000 asistentes.

²¹ El escaso centimetrage promedio que le dedicaron los medios al tema indica que, si bien no era un hecho cotidiano, tampoco generaba escándalos.

²² Hasta un personaje como Rucci, de insospechado izquierdismo, se vio forzado a admitir que estaba a favor del socialismo (véase Lannot, J. *et. al.*; *Tosco. Escritos y discursos*, pág. 275).

una sociedad ideológicamente izquierdizada) lo que había era una gran dispersión de posiciones, las que el 25 de mayo, desaparecida la dictadura que era el enemigo común e inmediato a gran parte de estas posiciones y, por lo tanto, el polo de su nucleamiento, afloraron en su diversidad: cada sector interpretó a *su* modo y conveniencia lo que consideraba *su* triunfo, y actuó en consecuencia.

No debemos pasar por alto que, como contraparte, otros sectores percibían este estado de movilización como una amenaza. Los cambios siempre resultan amenazantes para algunos y tanto la burguesía como clase, como otros sectores sociales políticamente atrasados y, por ello, conducidos por la burguesía, no se limitaron a contemplar el espectáculo y tomaban sus propios recaudos.

Lo peculiar es que tantos unos como otros, independientemente de lo radicalizado o medido de sus posiciones, se encuadraban mayoritariamente en el peronismo. De forma tal que la dicotomía política peronismo–antiperonismo quedaba diluida en otra de mayor envergadura: revolución–contrarrevolución, y viejos “gorilas” compartían glorias con la derecha peronista, mientras que la “gloriosa J.P.” tenía mejor diálogo con grupos no peronistas de izquierda que con el ala contraria del propio partido. De modo que “peronismo”, a secas, es tan ambiguo o polisémico en este período que no significa casi nada.²³

Pues bien. Si admitimos este razonamiento, no podemos menos que concluir en que, cuando se afirma que en los comicios del 11 de marzo de 1973 ganó el peronismo no se está diciendo casi nada. Y esto se corrobora en la conformación y acción del nuevo gobierno. La dispersión de posiciones, de tan amplio abanico, se expresó en la conformación del

²³ Decimos “casi” nada, porque algo significa, aunque no sea determinante a nuestros intereses analíticos: el peronismo indica, a nuestro juicio, la más acabada matriz populista del período.

gabinete de Cámpora: en su heterogeneidad abarcaba desde Esteban Righi y Juan Carlos Puig (en Interior y Relaciones Exteriores, respectivamente), con posiciones políticas más o menos cercanas a la “Tendencia”, hasta Antonio Benítez, Ricardo Otero y José López Rega (en Trabajo, Justicia y Acción Social), que representaban del centro–derecha al filofascismo, pasando por José Ber Gelbard (en Hacienda) y Taiana (en Educación), con posiciones en líneas generales más moderadas y contradictorias.²⁴

Este cuadro de situación ayuda a entender, por ejemplo, cómo en la amnistía e indulto a presos políticos se incluyera a los asesinos de Silvia Filler,²⁵ o cómo se “filtraron” personajes como François Chiappé al control ejercido por los propios prisioneros en el momento de su liberación.²⁶

La asunción de las nuevas autoridades marcó el inicio de la verdadera disputa por el gobierno de todos los grupos que participaban de esa alianza contradictoria que era el peronismo entonces.

²⁴ El caso de Gelbard es claro en su contradicción: proveniente de la cultura política de izquierda, promueve el Pacto Social, de contenido anti–obrero. Aunque más cercano ideológicamente a la “Tendencia”, se alió políticamente a López Rega.

²⁵ Estudiante marplatense masacrada durante una asamblea estudiantil por una banda de derecha.

²⁶ Chiappé, famoso delincuente internacional que había participado de la represión en Argelia, fue luego entrenador de los escuadrones de la Triple A.

Las tomas

Esa diversidad dio lugar, decíamos, a una “libre interpretación” del triunfo, según la cual la particular lectura de cada sector habilitaba a éste a considerarse genuino depositario de las expectativas generales y, por ende, a desplazar al adversario, lo que se materializó a los pocos días de asumido el gobierno de Cámpora, con el comienzo un proceso tan inesperado como heterogéneo y, en apariencia, avasallador, que, para muchos sectores progresistas, constituía una verdadera e incontenible insurrección popular.²⁷ A la primera apropiación popular, la de sus combatientes prisioneros la siguió una cantidad de hechos de acción directa e inmediata que fueron las ocupaciones, que, después de un primer momento de crecimiento tendencialmente aritmético, tuvo, a partir del día 4 de junio, una expansión geométrica (véase gráfico 1, fase b). Para trazar un panorama de la situación y aproximarnos a la magnitud del fenómeno, podemos mencionar, a modo de ejemplo, que durante varios días estuvieron simultáneamente tomados casi todos los hospitales de Capital Federal (entre otros, los centros de salud Piñeiro, Tornú, Tobar de García, Fernández, Instituto del Quemado, Moyano, Borda, Pedro de Elizalde, Ramos Mejía, Peralta Ramos, Sardá, Argerich, Velez Sársfield, Pirovano). En Rosario, con excepción de un par de colegios confesionales que cerraron sus puertas para evitar ser ocupados, *todas* las escuelas secundarias fueron tomadas por sus alumnos y así permanecieron durante, al menos, una semana. Varias comunas de Tucumán, Buenos Aires y Santa Fe también fueron tomadas por vecinos, algunas durante semanas enteras. Nada quedaba fuera del alcance de este movimiento: hoteles, organismos oficiales, hospitales, universidades, diarios, radios, canales de televisión, fábricas,

teatros, ministerios, la casa de gobierno de Tierra del Fuego, pensiones, inquilinatos, departamentos, etc. ¡Hasta un circuito automovilístico y la República de los Niños fueron ocupados! La incontenible marea de ocupaciones no respetó ni siquiera los sitios pudendos del Estado, y los espías del S.I.D.E. de Santiago del Estero tuvieron que reunirse en un bar al encontrar tomada su oficina. En apenas doce días, del 4 al 15 de junio, se produjeron más de 500 tomas de distinto tipo en todo el país (y en su “pico”, del 11 al 15 de junio, casi 400).²⁸

Pero, si esto da cuenta de la cantidad y pluralidad de ámbitos tomados, nada dice, en cambio, de la diversidad de las modalidades y figuras sociales implicadas en estos hechos: además de las figuras sociales más o menos previsibles, obreros, empleados, estudiantes y militantes en general, también actuaron grupos cuya pertenencia social es más difusa: padres, vecinos, beneficiarios de algún servicio, etc. El arco de figuras es tan amplio que abarca desde lúmpenes que protestaban contra el “trato inhumano” de que eran objeto,²⁹ hasta funcionarios de gobierno.³⁰

La sucesión de hechos era tan agobiante que ningún medio escrito de prensa llegó a registrar (aunque sea por la sola mención) más del 30–35 % de los casos ocurridos.³¹ Esta

²⁷ Así lo recordaba un entrevistado, protagonista de algunas tomas (entrevista realizada en febrero de 1998).

²⁸ En total he registrado casi 700 tomas para todo el período de Cámpora. Aunque es difícil hacer una estimación correcta, disponiendo de todas las fuentes ese número podría incrementarse hasta acercarse al millar de tomas. Cf. el Apéndice §.1. “Método de registro”.

²⁹ Así lo expresaron los 70 indigentes que tomaron el Hogar transitorio municipal “Félix Lora”, de Capital Federal, debido a que se los hacía levantar a las 5 de la mañana para salir a buscar trabajo y no podían regresar antes de las 16 horas.

³⁰ En varios hechos registramos participación de legisladores y otros funcionarios de gobierno. Uno de estos casos fue el de la ocupación de LU–5, Radio Neuquén, de la que participaron los diputados provinciales Carlos Arias, Eduardo Buamscha y Raúl González, y el diputado nacional Ramón Asman, todos ellos del FreJuLi.

³¹ Esta cifra es aproximada, ya que en la medida que incorporamos distintas fuentes, la misma fue descendiendo, por lo que, de contar con más fuentes, podría ser menor. Cf. el listado hemerográfico incluido al final.

vertiginosidad abolió, por sí, todo margen de juricidad. De modo tal que las expulsiones de directivos fueron “renuncias”, y los rehenes de las tomas pasaron a ser voluntarios custodios que permanecieron “en salvaguardia de los intereses de la empresa”.³²

De acuerdo a su evolución, todo el proceso puede dividirse en cuatro sub-períodos o fases:³³ *a*) la primera abarca desde el 22 de mayo (registro de la primera toma que *permanece* durante el nuevo gobierno)³⁴ hasta el 3 de junio, etapa del proceso en que se produce un número relativamente constante de tomas a un ritmo promedio de aproximadamente cinco tomas diarias; *b*) del 4 de junio (fecha en que comienza la escalada de las ocupaciones) al 14 de junio (cuando desde el partido gobernante se convoca a levantar las tomas); en esta fase el gradiente de la curva se eleva a un promedio de cuarenta tomas por día; *c*) del 15 al 20 de junio (fecha de la masacre de Ezeiza); fase en que se registra una brusca desaceleración del movimiento; y *d*), desde el 21 de junio hasta la caída de Cámpora, el 13 de julio, fecha límite de nuestra investigación, fase en la que, aunque con un gradiente similar a la fase inmediata anterior, tiene un sesgo político nuevo cada hecho por cuanto se realizó con la masacre de Ezeiza como telón político inmediato. Si observamos el gráfico 1, en la primera fase notamos un leve incremento tendencial en la cantidad de tomas diarias. La segunda fase, en cambio, muestra una fuerte aceleración del proceso. En la tercera, aún cuando crece el número absoluto de tomas, la cantidad de nuevos hechos es muy menor, marcando un notable desaceleramiento del proceso. Finalmente, la última muestra una acti-

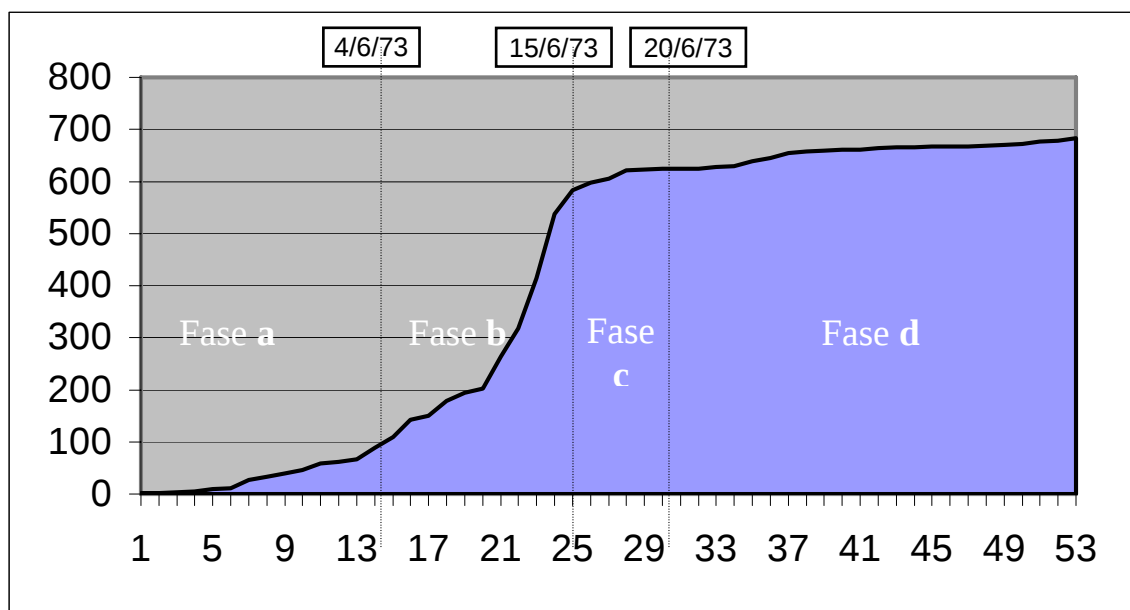
³² Esta es la fórmula que figura en el acta labrada ante autoridades del Ministerio de Trabajo para la desocupación del astillero ASTARSA, donde se tomaron 150 rehenes, de los que luego quedaron 25 hasta el final del conflicto. Fórmulas similares pueden verse en otros casos.

³³ Véase el Gráfico 1.

³⁴ Consideramos también estos casos por cuanto persisten en el período camporista. No así tomas como la de Lozadur, que producida el 23 de mayo, se levantó al día siguiente.

vidad prácticamente constante, notoriamente menor a las precedentes, y ya con carácter de culminación de lo que fue ese movimiento.

Gráfico 1: Evolución diaria de las tomas (sumatoria)



Fuente: elaboración propia

La observación del gráfico explicita la aceleración que tuvo el proceso desde el 4 de junio.³⁵ Esto quizás ayude a entender no sólo su dinamismo, sino también las dificultades para su localización si no es mediante un estudio metódico del mismo.

Aunque de corta duración (el momento de auge se sitúa en la primera quincena del mes de junio), este fenómeno aparece citado en la mayor parte de la bibliografía sobre la

³⁵ La pequeña distorsión visual, que produce la sensación de que el aceleramiento fue anterior al 4/6 es propia de todo histograma, que une mediante líneas los puntos indicativos de los valores del gráfico. Nótese además que, al iniciar el período el 22 de mayo, consideramos 53 días en la confección de este gráfico.

época, aunque con dispar atención y ponderación. Esto se debe, creemos, a que hasta el momento las “tomas” no han sido objeto de estudio pormenorizado que las aborde integralmente. Seguramente han signado de modo particular tanto al gobierno como al período, al punto de constituir, las mismas, una pieza de interés histórico y sociológico. Histórico por cuanto son aún, un cuarto de siglo después, un proceso a conocer: cuántas, cuándo y dónde se produjeron las tomas son incógnitas que debimos develar en el transcurso de la investigación. Sociológico en tanto no abundan las situaciones con un grado de movilización social tan acentuado y contradictorio. Nos interesa dilucidar la constitución de los sujetos colectivos de esta movilización, las finalidades por las que operaban y el modo en que actuaron. Esta doble perspectiva —histórica y sociológica, si es que se puede hacer esta distinción³⁶— se encontrará a lo largo de las páginas que siguen.

La carencia de un conocimiento acabado

Decíamos que este fenómeno nunca fue abordado pormenorizada y sistemáticamente, lo que dio lugar a que las mismas gozasen de las más variadas consideraciones. Podemos, en efecto, encontrar en la bibliografía existente un amplio arco de posibilidades de ponderación de las tomas, que va desde su lisa y llana omisión en importantes trabajos sobre el período, en los que no aparecen siquiera mencionadas,³⁷ hasta considerarlas uno de

³⁶ Aún cuando esta distinción fuese posible, la misma sería criticable. Cf. Elías, Norbert; “El retraimiento de los sociólogos en el presente”, en *Conocimiento y poder*, La Piqueta, Madrid, 1994.

³⁷ Nos referimos a James, Daniel; *Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera argentina 1946–*

los factores que explican el fracaso del “Plan Gelbard” y, por carácter transitivo, coadyuvante de la caída de Cámpora,³⁸ lo que revelaría la trascendencia de sus efectos políticos. En un repaso más profundo de la literatura especializada se observa que no hay acuerdo sobre varias cuestiones. Además de la ya mencionada dispar importancia conferida a las mismas, otros puntos quedan en controversia. Por ejemplo, el de quiénes fueron los protagonistas y quiénes los actores secundarios del proceso de ocupaciones. Aunque existe la opinión generalizada de que las mismas fueron protagonizadas por los sectores juveniles radicalizados³⁹ hay quienes sugieren que fueron los sectores tradicionales del peronismo los que fomentaron las mismas.⁴⁰

Por otra parte, hay apreciaciones también divergentes en lo que hace a la caracterización del proceso socio-político que manifestaban las ocupaciones. Mientras para M. Dias demuestran el fracaso político del G.A.N.,⁴¹ ya que no habría logrado desalentar la movilización popular, inscribiéndolas por lo tanto en el proceso general de movilización de la época, A. Gilly (que sólo se ocupa de las luchas obreras) prescinde en su explicación de toda influencia externa a la dinámica propia de la clase obrera en su lugar de trabajo; así, las tomas de fábricas

1976, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, y Torre, Juan Carlos; *Los sindicatos en el gobierno*, C.E.A.L., Buenos Aires, 1983.

³⁸ de Riz, Liliana; *Perón. Retorno y derrumbe*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987, pág. 88.

³⁹ Sigal, Silvia y Verón, Eliseo; *Perón o muerte*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988, pág. 138; Gillespie, Richard; *op. cit.*, pág. 180; Maceyra, Horacio; *Cámpora/Perón/Isabel*, C.E.A.L., Buenos Aires, 1983, pág. 78; Jauretche, Ernesto; *No dejés que te la cuenten*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1997, págs. 194/5; Di Tella, Guido; *Perón-Perón*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985, págs. 96/7; de Riz, Liliana; *loc. cit.* Un matiz aporta con su singular interpretación Rodríguez Lamas, quien sin adjudicar taxativamente el protagonismo a la juventud, afirma —en contraposición— que los sectores sindicales fueron “espectadores pasivos [...] de las ‘tomas’ de edificios públicos”, lo que es absolutamente falso, como demostramos en esta investigación. Cf. Rodríguez Lamas, Daniel; *Radicales, peronistas y el movimiento obrero*, C.E.A.L., Buenos Aires, 1989, tomo 2, pág. 131.

⁴⁰ Casatti, Adriana y Gómez, Carlos; “La intervención federal a la provincia de Santa Cruz (octubre de 1974)”, en Antognazi, Irma y Ferrer, Rosa (comp.); *Del Rosariazo a la democracia del '83*, Rosario, 1995. También Vertbisky, Horacio; *Ezeiza*, Contrapunto, Buenos Aires, 1986.

⁴¹ Dias, Marcelo; *A guerra de Argentina*, Regra do Jogo, Lisboa, 1978.

ocurridas en el período serían indicios del desarrollo de una autonomía obrera que construiría la “anomalía ubicada en el núcleo de la dominación celular” del capitalismo argentino,⁴² es decir, constituirían una forma específica de manifestación de la lucha obrera, abstrayéndola de la situación general del momento.

Como se puede apreciar, distintos investigadores han acentuado uno u otro aspecto, pero con apreciaciones diferentes y en ocasiones divergentes. Lo único que en general se puede advertir en los trabajos mencionados es que hay un conocimiento fragmentario y superficial de este fenómeno, y que de las mismas hay una idea más impresionista que una elaboración sistemática.

Ello puede deberse, en gran medida, al carácter heterogéneo del proceso de ocupaciones. Los tan diversos objetos de las tomas, ya mencionados, fueron tomados por sujetos también heterogéneos, como el derechista Comando de Organización, la cuasi fascista Alianza Libertadora Nacionalista, la izquierdista Juventud Peronista Regional (orgánicamente ligada a Montoneros), el insurgente Ejército Revolucionario del Pueblo o grupos cohesionados *ad hoc* para y por la toma, como padres de alumnos, vecinos, inquilinos, etc. A esta gran diversidad debe agregársele la vertiginosidad del proceso, el que prácticamente se extendió por espacio de diez días, a un promedio de unas cuarenta ocupaciones diarias.

Todo esto conspira contra el impresionismo mnémico que puede quedar del mismo, y abona el interés por estudiarlo tanto descriptivamente como para verificar regularidades o tendencias estadísticas, que permitan identificar características que puedan pasar inadvertidas en una primera aproximación.

⁴² Gilly, Adolfo; “La anomalía argentina”, en *Cuadernos del Sur* N° 4, Buenos Aires, marzo–mayo de 1986, pág. 20.

Fotos de titulares de los diarios *La Razón*, de Capital Federal, y *La Capital*, de Rosario7



**Tomaron estaciones
y dependencias de
los ferrocarriles**



Fotos: Cristina I. Espíndola. Digitalización: Mariana C. Maañón